



## **Los hermanos**

**Publio Terencio Africano**

Traducción de Simón Abril

### PERSONAS

MICIÓN, viejo, hermano de Demea, padre adoptivo de Equino.

DEMEA, viejo, hermano de Mición, padre de Esquino y de Tesifón

SANNIÓN, mercader de esclavos.

ESQUINO, joven, hijo de Demea, adoptado por su tío Mición.

SIRO, esclavo de Esquino.

TESIFÓN, joven, hijo de Demea, hermano de Esquino.

SOSTRATA, madre de Pánfila.

CANTARA, nodriza de Pánfila.

GETA, esclavo de Sostrata.

HEGIÓN, viejo, pariente de Pánfila.

DROMÓN, esclavo de Mición.

PARMENÓN, esclavo de Esquino.

PÁNFILA, hija de Sostrata.

## PERSONAS QUE NO HABLAN

CALIDIA, esclava robada por Esquino.

ESTORAX, esclavo de Mición.

## Acto I

### Escena I

#### MICIÓN.

MICIÓN.- (A la puerta da su casa, hablando a un siervo, que está dentro.) ¡Estorax!... ¿No volvió Esquino anoche de la cena? ¿Ni criado ninguno de los que fueron por él? Realmente que es verdad lo que dicen comúnmente: que cuando uno está de alguna parte ausente, o se detiene allá, le vale más que le acaezca lo que de él dice su mujer, o lo que de él imagina en su pensamiento muy colérica, que no lo que los padres amorosos. Tu mujer, si te detienes, o piensa que andas en amores, o en banquetes, y dándote buena vida; y que para ti sólo son los goces y ella pasa los trabajos. Pero yo, por no haber vuelto mi hijo, ¡qué de cavilaciones! ¡Qué de cosas ahora me dan congoja! Que se me haya resfriado; que haya caído en alguna sima; que se haya lisiado en su persona. ¡Bah!, ¿qué hombre habrá en el mundo que tenga en su corazón cosa más amada que cada uno es de sí mismo? Además, éste no es hijo mío, sino de mi hermano; el cual, desde su mocedad, es de condición muy diferente a la mía. Yo seguí esta vida ociosa y tranquila de la ciudad, y jamás he sido casado; cosa que por ahí se tiene a dicha. Él, por el contrario, quiso más vivir en el campo, y darse una vida de escasez y de trabajos. Casose; nacióle dos hijos, de los cuales tomé yo por adoptivo éste mayor. Hele criado desde niño; hele tenido y querido como si fuera mío; él es todas mis delicias; sólo él es mi amor. Procuero con diligencia que él también me quiera; doyle cuanto necesita, pásole muchas cosas, pues no tengo para qué tratarle en todo con rigor. Finalmente, las cosas que otros hacen a espaldas de sus padres, que son aquellas que la mocedad trae consigo, hele vezado a mi hijo a que no me las encubra. Porque el que se acostumbra a mentir, o se atreviere a engañar a su padre, tanto más se atreverá a todos los demás. Yo creo que es mejor que los hijos cumplan su deber enfrenados por la vergüenza y benignidad, que con rigor. Esto no le cuadra a mi hermano, ni le parece bien. Cien veces me ha venido dando voces: «¿Qué haces, Mición?, ¿por qué nos echas a perder este mozo?, ¿por qué anda en amores?, ¿por qué en banquetes?, ¿por qué le das tú para todo esto qué gastar? Llévasle muy pintado de vestidos: Eres demasadamente simple». Y él también es demasadamente riguroso: más de lo que pide la razón. Y a mi parecer va muy engañado el que piensa que es más firme y más seguro el señorío que se administra con rigor, que el que con amor se atrae. Mi parecer es éste, y yo así lo entiendo: que el que hace su deber, forzado por castigos, mientras teme que se sabrán

sus culpas, guárdase; pero, si confía que se podrán encubrir, a su condición se vuelve. Pero el que atraéis por amor, hacedlo de voluntad, procura pagaros en lo mismo; en presencia y en ausencia será el mismo. Éste es el oficio del padre: antes vezar al hijo a que haga su deber de buena voluntad, que por temor de nadie. Tal es la diferencia entre el padre y el señor; y el que no la pueda observar, confiese que no sabe criar hijos. (Viendo a DEMA.) ¿Pero es por dicha éste el mismo de quien trataba? Realmente que es él. No sé de qué está triste, creo vendrá ya a reñir conmigo, como suele. -Huélgome, Demea, de verte en salud.

## Escena II

DEMEA, MICIÓN.

DEMEA.- ¡Oh, a buen tiempo! En tu misma busca vengo.

MICIÓN.- ¿De qué estás triste?

DEMEA.- ¿Donde Esquino está de por medio, me preguntas de qué estoy triste?

MICIÓN.- (Aparte.) ¿No lo decía yo?... (Alto.) ¿Qué ha hecho Esquino?

DEMEA.- ¿Qué ha hecho? Que ni tiene vergüenza de nada, ni temor a nadie, ni hace cuenta que ha de estar sujeto a ley ninguna. Porque, sin hablar de sus pasadas picardías, ¿qué piensas que ha hecho ahora?

MICIÓN.- ¿Qué es ello?

DEMEA.- Ha quebrado puertas, y ha entrado por fuerza en casa ajena, y al dueño de ella, y a toda su familia los ha maltratado, hasta dejarlos por muertos; ha quitado por fuerza una mujer de quien él está enamorado. Todos a voces dicen haber sido muy mal hecho. ¿Cuántos piensas, Mición, que me lo han dicho viniendo? No se habla de otro en toda la ciudad. Y si compararse puede, ¿no ve a su hermano cuán solícito está en su hacienda, y cómo se está en su granja reglado y moderado, y cómo no hace nada de esto? Lo que a él le digo, Mición, a ti te lo digo: que tú le dejas perderse.

MICIÓN.- La cosa más injusta del mundo es un hombre necio, porque nada tiene por bueno, salvo lo que él hace.

DEMEA.- ¿A qué viene eso?

MICIÓN.- A que tú, Demea, no eres en esto buen juez. Créeme que no es maldad que un mancebillo ande entre mujeres, ni menos en banquetes, ni que quiebre las puertas. Y si tú y yo no hicimos travesuras semejantes, fue porque la pobreza no nos dio lugar de hacerlas. ¿Y tú ahora alábaste de lo que dejaste de hacer por necesidad? Esto es injusto; porque si tuviéramos con qué, también lo hiciéramos. Y tú, si fueses cuerdo, a tu hijo le dejarías ahora hacer todo esto, que a su edad es lícito, y no le darías ocasión de esperar a que estés bajo de tierra, para hacerlo entonces, cuando ya no le esté bien.

DEMEA.- ¡Oh, soberano Júpiter! ¡Tú, hombre, vas a volverme loco! ¿Qué, no es maldad que un mozuelo haga estas cosas?

MICIÓN.- ¡Ah!, óyete. No me rompas más sobre esto la cabeza. Tú ya me diste tu hijo por hijo adoptivo, ya él quedó por mío. Si él en algo yerra, Demea, a mi daño lo yerra, y de ello a mí me tocará la mayor parte. ¿Gasta?, ¿bebe?, ¿lleva perfumes? De mi hacienda lo hace. ¿Tiene amiga? Yo le daré para ello dinero, mientras pueda, y mando no, ya le echarán ellas de casa. ¿Ha quebrado puertas? Se harán otras. ¿Ha rasgado ropa? La zurciremos. Gracias a los dioses, hay de qué, y hasta ahora no me da mucha pena. Finalmente, o déjame hacer, o busca cualquier árbitro, que yo te probaré que en esto mucho más lo yerras tú que yo.

DEMEA.- ¡Ay de mí! Aprende a ser padre, de aquéllos que lo saben ser de veras.

MICIÓN.- Por naturaleza, su verdadero padre lo eres tú; por los consejos, yo.

DEMEA.- ¿Tú le aconsejas en nada?

MICIÓN.- ¡Ah, si perseveras... me iré!

DEMEA.- ¿Eso harás?

MICIÓN.- ¡Pues qué!, ¿tengo de oír tantas veces una misma cosa?

DEMEA.- Es que me da cuidado.

MICIÓN.- Y a mí también me lo da; pero, Demea tengamos cada uno cuenta con su justa parte, tú con el uno y yo con el otro. Porque cuidar tú de ambos, casi casi es tornarme a pedir el hijo que me diste.

DEMEA.- ¡Ah, Mición!

MICIÓN.- A mí así me parece.

DEMEA.- ¿Qué es eso? Si así lo quieres, derrame, destruya, piérdase él; que no me toca nada. ¡Si de hoy más, palabra ninguna...!

MICIÓN.- ¿Colérico otra vez, Demea?

DEMEA.- ¿Y aún no lo crees? ¿Pídotte por ventura el que te di? Siéntolo, no soy ningún extraño; pero si estorbo, desde luego me aparto. Quieres que tenga cuenta con el uno, ya la tengo; y doy gracias a los dioses, pues él es tal, cual yo le quiero. Ése tuyo, él lo sentirá a la postre. Y no digo más.

### Escena III

MICIÓN, solo.

MICIÓN.- Aunque no hay para tanto, con todo eso no deja de ser algo lo que dice, ni deja de darme a mí alguna pesadumbre; pero no he querido mostrarme pesaroso, porque es un hombre que, con aplacarle y resistirle de veras, y espantarle con todo eso, apenas lo toma con paciencia. Pues si yo le atizase su cólera y se la acrecentase, perdería realmente el seso juntamente con él. Aunque no deja Esquino de hacernos en esto algún agravio. ¿Qué ramera hay con quien él no haya tenido sus amores o a quien no le haya dado algo? Finalmente (creo que de aburrido ya de todas) me dijo poco ha que se quería casar. Confiaba yo que ya se le había pasado el hervor de la mocedad, holgábame, ¡y heos aquí ahora de nuevo...! Pero yo quiero saber de cierto lo que pasa, y verme con él, si está en la plaza.

### Acto II

#### Escena I

SANNIÓN, ESQUINO, PARMENÓN, CALIDIA. (Los dos últimos personajes no hablan)

SANNIÓN.- (Corriendo tras ESQUINO y PARMENÓN, que se llevan a CALIDIA.) ¡Suplícóos, vecinos, que favorezcáis a este infeliz, que no hace mal a nadie! ¡Socorred a este pobre!

ESQUINO.- (A CALIDIA.) Párate ahí; que ahí bien segura estás. ¿Qué miras? Nada temas; que éste en mi presencia no te tocará.

SANNIÓN.- ¡Yo a esa moza... a pesar de cuantos son...!

ESQUINO.- Aunque es bellaco, no dará hoy ocasión para que le hayan de sentar la mano otra vez.

SANNIÓN.- Esquino, óyeme; porque no digas después que tú no sabías mis costumbres. Hágote saber que yo soy mercader de esclavos.

ESQUINO.- Ya lo sé.

SANNIÓN.- Pero de tan buena fe, como otro haya habido donde quiera. No estimaré ni en esto (Tócase con el pulgar la uña del índice.) que tú después te me vengas con disculpas, diciendo que te pesa de que se me haya agraviado. Créemelo: Yo pediré mi justicia, y nunca tú me satisfarás con palabras el daño que me has hecho por la obra. Que yo ya conozco todas vuestras excusas: «No quisiera que tal hubiera sucedido; yo juraré que tú no merecías este agravio», después de haberme hecho tan malos tratamientos.

ESQUINO.- (A PARMENÓN.) Ve delante, presto, y abre aquellas puertas. (Indicando la casa de su padre, MICIÓN.)

SANNIÓN.- Como si callaras

ESQUINO.- (A CALIDIA.) Acaba ya de entrar.

SANNIÓN.- Digo que no lo consentiré.

ESQUINO.- Llégate allá, Parmenón; mucho te has alejado; ponte aquí junto de éste. ¡Así, así! Mira que no quites tus ojos de los míos, para que sin tardanza, en cuanto yo te hiciera señas, le sientes el puro en la quijada.

SANNIÓN.- Eso quisiera yo ver. (PARMENÓN le da una puñada.)

ESQUINO.- ¡Ea!, guarda; suelta la moza.

SANNIÓN.- ¡Oh, maldad!

ESQUINO.- Cata que no secunde. (PARMENÓN le sacude otra puñada.)

SANNIÓN.- ¡Ay, cuitado de mí!

ESQUINO.- (A PARMENÓN.) No te había hecho señas; pero, en fin, más vale que lo yerres por allí. Éntrate ya. (PARMENÓN entra en casa con la esclava.)

SANNIÓN.- ¿Qué es esto? ¿Eres tú por dicha, Esquino, el rey de esta ciudad?

ESQUINO.- Si lo fuera, llevaras el premio que merecen tus virtudes.

SANNIÓN.- ¿Qué tienes tú conmigo?

ESQUINO.- Nada.

SANNIÓN.- Dime, ¿sabes quién soy yo?

ESQUINO.- ¡Ni falta...!

SANNIÓN.- ¿Hete tocado yo en lo tuyo?

ESQUINO.- ¡Pobre de ti, si tal hicieras!

SANNIÓN.- ¿Con qué derecho me quitas tú una moza, que a mí me costó mi dinero? Responde.

ESQUINO.- Mira, Sannión, que no te me vengas con escándalos delante de la puerta; porque si perseveras en ser pesado, haré que te arrebatan allá dentro y que te den una de azotes hasta reventarte.

SANNIÓN.- ¿Azotes a un hombre libre?

ESQUINO.- Como lo oyes.

SANNIÓN.- ¡Oh desalmado! ¿Y aquí es donde dicen que la libertad es igual para todos?

ESQUINO.- Si estás ya harto de hacer del borracho, rufián, óyete ya si quieres.

SANNIÓN.- ¿Yo he hecho del borracho, o tú más de veras contra mí?

ESQUINO.- Déjate de eso, y vamos al caso.

SANNIÓN.- ¿Al caso?, ¿a qué caso tengo de volver?

ESQUINO.- ¿Quieres ya que te diga una cosa que te cumple?

SANNIÓN.- Sí, con tal que ella sea justa.

ESQUINO.- ¡Bah!... ¡El rufián no quiere que yo le hable fuera de razón!

SANNIÓN.- Rufián soy, no lo niego; perdición de todos los mancebos, cifra del perjurio, peste de la ciudad; pero, con todo esto, a ti hasta ahora ningún agravio te he hecho.

ESQUINO.- ¡Pues no faltaba más!

SANNIÓN.- Torna, por favor, Esquino, a lo que comenzabas a decir.

ESQUINO.- A ti te costó la moza veinte minas; ¡que mal provecho te haga! Eso mismo se te dará por ella.

SANNIÓN.- ¿Y si yo no la quiero vender?, ¿me obligarás...?

ESQUINO.- No, por cierto.

SANNIÓN.- (Con ironía.) Temí que sí.

ESQUINO.- Ni me parece que es bien que se venda la que es libre, porque yo, como a mujer libre, la defenderé en el litigio. Ahora mira cuál quieres más: si recibir en paz tu dinero o pleitear. Resuélvelo mientras vuelvo, rufián.

## Escena II

SANNIÓN, solo.

SANNIÓN.- ¡Oh, soberano Júpiter! No me maravillo de los que pierden el seso por agravios que les hacen. Hame sacado de mi casa, hame sacudido, a mi pesar se me ha llevado mi moza, y en pago de todas estas malas obras, me pide que se la dé por lo que me costó. ¡Cuitado de mí, que me ha dado más de quinientos bofetones! Pero, en fin, pues lo ha sudado bien, hágase lo que él quiere, su derecho pide. Ya yo deseo dársela, si me vuelve mi dinero. Pero yo adivino lo que será. Así que le diga que se la doy en tanto, él enseguida hará sus testigos de cómo se la he vendido. Y lo del dinero... un sueño. Luego dirá: «Vuelve mañana». Y aun esto lo podría sufrir, con tal que me lo diese. ¡Aunque es injusto...! Pero yo pienso lo que es, que pues uno ha tomado este comercio, ha de aguantar y callar el agravio que le hacen los mancebos. Pero nadie me dará nada; por demás estoy yo echando entre mí estas cuentas.

## Escena III

SIRO, SANNIÓN.

SIRO.- (Saliendo de casa y hablando desde la puerta a ESQUINO.) Calla, que yo me veré ahora con él (Alude a SANNIÓN.) y haré que lo tome de buena gana, y aunque diga que los dioses le han hecho merced. -¿Qué es esto, amigo Sannión, que me dicen que has tenido no sé qué brega con mi amo?

SANNIÓN.- En mi vida la vi más desigual que la que hoy ha habido entre nosotros. Yo a recibir y él a sacudir, hasta que los dos nos cansamos.

SIRO.- Por tu culpa.

SANNIÓN.- ¿Qué había de hacer yo?

SIRO.- Debiste complacer al mancebo.

SANNIÓN.- ¿Qué más pude, pues hasta la cara le entregué?

SIRO.- ¡Ea!, ¿sabes lo que te digo? Que el no hacer caso del dinero en su tiempo y lugar, es algunas veces más ganancia.

SANNIÓN.- (Con ironía.) ¡Ya!

SIRO.- ¿Temiste tú, necio de toda necesidad, que si cedías ahora un poquillo de tu derecho, y complacías al mancebo, no te cobraras con usura?

SANNIÓN.- Yo no compro esperanza a trueque de dinero.

SIRO.- En tu vida ganarás hacienda. ¡Taday, Sannión, que no sabes cebar la gente!

SANNIÓN.- Bien creo yo que debe de ser eso lo mejor; pero yo nunca fui en mi vida tan sagaz, que no quisiese más un «toma», que dos «te daré».

SIRO.- ¡Ea! Que ya yo sé tu condición ahidalgada, y que no harás caso de veinte minas, por darle gusto a éste. Además, dicen que estás de partida para Chipre.

SANNIÓN.- (Sobresaltado.) ¿Eh?

SIRO.- Y que tienes muchas cosas compradas para llevar de aquí a allá. Y nave fletada: todo esto sé. Y ahora estás como colgado del pensamiento. Pero yo confío que, cuando vuelvas, arreglarás este negocio.

SANNIÓN.- ¡Yo a ninguna parte voy! (Aparte.) ¡Pobre de mí! ¡Con esta esperanza lo han ellos emprendido!

SIRO.- (Aparte.) Temor tiene; pena le he dado al hombre.

SANNIÓN.- ¡Ah, pícaros! ¡Mira cómo me han cogido por las mismas coyunturas! Tengo preparado un cargamento de mujeres y otras muchas mercancías que llevo de aquí a Chipre. Si no voy allá a la feria, recibo muy gran daño. Y si ahora dejo esto, cosa perdida. Cuando de allá vuelva, todo será viento; ya el negocio se habrá enfriado. «¿Ahora te acuerdas? ¿Por qué lo has dilatado? ¿Dónde has estado?». De manera que me vale más perderlo que o detenerme ahora tanto tiempo, o pedirlo entonces.

SIRO.- ¿Has echado bien la cuenta de lo que entiendes que ha de volver a tu poder?

SANNIÓN.- ¿Es ésta acción de un hombre como Esquino? ¿Esto ha de hacer él?, ¿quitarme la moza por fuerza?

SIRO.- (Aparte.) Ya cae. (Alto.) Sólo tengo que decirte una cosa, Sannión. Mira si te conviene. Antes de ponerte en peligro de cobrarlo o perderlo todo, pártelo por la mitad. Diez minas él las abarrerá de acá o de allá.

SANNIÓN.- ¡Oh, cuitado de mí! ¿Y aun mi dinero propio corre riesgo? No tiene vergüenza, ¿después de haberme crujido todos mis dientes, y además de haberme hecho toda la cabeza a golpes una levadura, y que sobro esto me defraude? No voy a ninguna parte.

SIRO.- Como gustes. ¿Mandas algo, antes que me vaya?

SANNIÓN.- Antes, Siro, lo que te suplico es que, como quiera que el caso haya sucedido, por no ponerme a pleitear, se me vuelva mi dinero. ¡Siquiera lo que me costó, Siro! Bien veo yo que hasta ahora tú no te has servido de mi amistad; pero tú dirás que soy hombre de memoria y agradecimiento.

SIRO.- Yo lo haré con diligencia. -Pero a Tesifón veo, alegre viene por la amiga.

SANNIÓN.- ¿Y lo que te suplico?

SIRO.- Guarda un poco.

#### Escena IV

TESIFÓN, SIRO.

TESIFÓN.- (Sin ver a SIRO.) De quienquiera se huelga el hombre de recibir un beneficio, cuando lo ha menester; pero lo más gustoso realmente es, cuando lo hace el que es justo que lo haga. ¡Oh, hermano, hermano mío! ¿Cómo alabarte yo ahora? Porque de cierto sé que nunca yo diré cosa tan ilustre que no le haga mucha ventaja tu virtud. Y así entiendo que en esto aventajo a todos los demás, en que no hay quien tenga

un hermano tan principal en todas las más excelentes virtudes, como el mío.

SIRO.- (Llamándole.) ¡Tesifón!

TESIFÓN.- ¡Ah, Siro! ¿Dónde está Esquino?

SIRO.- Ahí le tienes, esperándote en casa.

TESIFÓN.- (Muy alegre.) ¡Oh!

SIRO.- ¿Qué es eso?

TESIFÓN.- ¡Qué ha de ser! ¡Que le debo la vida, Siro! ¡Bendito mancebo! Todo lo ha pospuesto en mi provecho: las injurias, la fama, mis amores y mi yerro, todo lo ha cargado sobre sí. No podía hacer más. -Pero, ¿qué es esto? La puerta ha sonado.

SIRO.- Espera, espera: él es quien sale.

## Escena V

ESQUIVO, SANNIÓN, TESIFÓN, SIRO.

ESQUINO.- ¿Dó está aquel roba-iglesias?

SANNIÓN.- (Aparte.) Por mí pregunta. ¿Traerá algo? ¡Perdido soy!... ¡Nada veo!...

ESQUINO.- (A TESIFÓN.) ¡Hola!... A propósito, te buscaba. ¿Qué es eso, Tesifón? Todo está ya en salvo; echa ya de ti esa tristeza.

TESIFÓN.- Sí; realmente la echo, de veras, pues tengo un hermano como tú. ¡Oh, Esquino mío! ¡Oh, hermano mío! ¡Ah! Empacho tengo de alabarte más en tu presencia, porque no pienses que lo hago más por manera de lisonja que de agradecimiento.

ESQUINO.- ¡Quítate allá, simple! ¡Como si ahora por primera vez nos conociésemos, Tesifón! Lo que me duele es haberlo yo sabido tan tarde, y casi haber venido a punto que, aunque todo el mundo quisiera, no te pudiera remediar.

TESIFÓN.- Dábame vergüenza.

ESQUINO.- ¡Ah! No es ésa vergüenza, sino necedad. ¡Por una cosa de tan poco momento, casi ausentarse de la patria! Vergüenza es decirlo. Yo suplico a los dioses que nunca tal permitan.

TESIFÓN.- Errelo.

ESQUINO.- (A SIRO.) ¿Y, pues, qué dice el amigo Sannión?

SIRO.- Ya está más manso.

ESQUINO.- Yo me iré a la plaza, a darle a éste (Señalando a SANNIÓN) su dinero. Tú, Tesifón, recógete allá dentro con ella.

SANNIÓN.- Siro, dale prisa. (A ESQUINO, en tono irónico.) Vamos, porque éste está de partida para Chipre.

SANNIÓN.- No tanta tampoco; que aquí estoy despacio cuanto quieras.

SIRO.- Se te pagará, no temas.

SANNIÓN.- Pero que me lo pague todo.

SIRO.- Todo te lo pagará; calla ahora, y sígueme por aquí.

SANNIÓN.- Ya te sigo. (ESQUINO, SANNIÓN y SIRO echan a andar en dirección a la plaza.)

TESIFÓN.- ¡Hola, hola, Siro!

SIRO.- ¿Eh?, ¿qué quieres?

TESIFÓN.- Por tu vida, que despachéis cuanto antes a ese pícaro, porque si más se alborota, vendrá esto por alguna vía a oídos de mi padre, y yo quedaré entonces perdido para siempre.

SIRO.- No sucederá tal. Ten buen ánimo. Tú, entre tanto, huélgate allá dentro con ella, y manda que se nos aparejen las mesas y que esté a punto todo lo demás. Yo, en

concluyendo el negocio, me volveré a casa con la vianda.

TESIFÓN.- Sí, te lo ruego, y pues todo nos ha salido bien, pasemos este día en contento y regocijo.

### Acto III

#### Escena I

SOSTRATA, CANTARA.

SOSTRATA.- Dime por tu vida, ama mía, ¿en qué parará esto?

CANTARA.- ¿En qué parará? A fe, que confío que tendremos buen suceso.

SOSTRATA.- ¡Ay, amiga mía, que ahora la comienzan a tomar los primeros dolores!

CANTARA.- Ya estás con miedo, como si nunca te hubieses hallado en partos o nunca tú hubieses parido.

SOSTRATA.- ¡Desdichada de mí, que no tengo a nadie! Estamos solas. Geta no está aquí, ni tengo a quien enviar por la partera, ni quien me vaya a llamar a Esquino.

CANTARA.- En buena fe que él estará luego aquí, porque jamás se pasa día ninguno sin que venga.

SOSTRATA.- Él solo es el remedio de mis trabajos.

CANTARA.- La cosa no pudo, señora, suceder mejor de lo que sucedió. Ya que hubo deshonor, que tocase precisamente a un hombre como aquél, tan principal, de tan buena casta y condición, señor de una casa tan rica.

SOSTRATA.- Ello es en verdad como tú lo dices. A los dioses suplico que nos le tengan de su mano.

#### Escena II

GETA, SOSTRATA, CANTARA.

GETA.- (Sin ver a las mujeres.) Éste es ahora un caso que, aunque todo el mundo se ponga a buscar remedio al mal, no podrá hallarle. El cual mal es para mí y para mi ama y para la hija de mi ama. ¡Oh, cuitado de mí! ¡Qué de cosas nos tienen a la vez cercados, sin que podamos escapar: la fuerza, la necesidad, la injusticia, el desamparo, la afrenta! ¿Ésta es vida? ¡Oh, maldades! ¡Oh, malas castas! ¡Oh, hombre desleal...!

SOSTRATA.- ¡Cuitada de mí! ¿Qué es esto, que veo venir a Geta tan alterado y tan deprimida?

GETA.- (Continuando.) Al cual ni la fe, ni el juramento, ni la piedad detuvo ni dobló; ni aun el ver cuán cerca estaba el parto de la infeliz a quien él tan sin razón había deshonrado.

SOSTRATA.- (A CANTARA.) No oigo bien lo que dice.

CANTARA.- Por tu vida, Sostrata, que nos lleguemos más cerca.

GETA.- ¡Ah, pobre de mí, que casi estoy fuera de juicio, según la cólera me abrasa! No quisiera yo más, sino toparme con toda aquella casa, para descargar sobre ellos toda esta rabia, ahora que está fresca. Que por bien satisfecho me tendría, si solamente me viese yo vengado de ellos. Primeramente, le sacaría el alma al viejo, porque engendró un tan gran bellaco. Después, a Siro el promovedor. ¡Oh, de cuán diferentes maneras le

despedazaría! Yo le arrebataría por medio patas arriba y daría con su cabeza contra el suelo, para que fuese sembrando los sesos por la calle. Al mozo le sacaría los ojos, y después daría con él en mi despeñadero. A todos los demás los derribaría, perseguiría, arrebataría, sacudiría, dejaría hechos una parva. Pero, ¿por qué no voy de presto a dar parte a mi ama de esta mala nueva?

SOSTRATA.- (A CANTARA.) Llamémosle. (Alto.) ¡Geta!

GETA.- (Sin ver a SOSTRATA.) ¡Bah!... Quienquiera que seas, déjame.

SOSTRATA.- Soy yo: Sostrata.

GETA.- (Mirando alrededor.) ¿Qué es de ella? A ti misma te busco, a ti quiero; ¡oh, cuán a buen tiempo te has encontrado conmigo, señora mía!

SOSTRATA.- ¿Qué es esto?, ¿de qué tiemblas?

GETA.- ¡Ay de mí!

SOSTRATA.- ¿De qué te alteras, amigo Geta? Toma aliento.

GETA.- ¡Del todo...!

SOSTRATA.- ¿Cómo del todo?, ¿qué es ello?

GETA.- ¡Perdidos somos! ¡Acabose!

SOSTRATA.- ¡Habla; dime, por tu vida, lo que es!

GETA.- ¡Ya...!

SOSTRATA.- ¿Qué ya, Geta?

GETA.- Esquino...

SOSTRATA.- ¿Qué dices de Esquino?

GETA.- ... ¡ha perdido el amor a nuestra casa!

SOSTRATA.- ¡Ay, desventurada de mí! ¿Por qué?

GETA.- Ha comenzado a enamorarse de otra.

SOSTRATA.- ¡Ay, desdichada de mí!

GETA.- Y no lo hace muy de secreto; que él mismo se la ha quitado a un rufián, por fuerza, públicamente.

SOSTRATA.- ¿Estás seguro?

GETA.- Seguro. Yo mismo, Sostrata, lo vi por estos ojos.

SOSTRATA.- ¡Ah, desventurada de mí! ¿Qué hay ya que creer?, ¿de quién fiarás? ¿Es posible que nuestro Esquino, el que era la vida de todas nosotras, de quien colgaban toda nuestra esperanza y salvación; el que hacía juramento que sin ella no podría vivir ni un solo día; el que decía que había de poner el niño en el regazo de su padre y pedirle de merced que le diese licencia para casar con ella...?

GETA.- Señora, deja aparte ahora lágrimas, y mira lo que conviene hacer para en lo de adelante: si es bien que lo disimulemos, o que demos a alguno parte de ello.

CANTARA.- ¡Ay, amigo!, ¿y estás en tu seso? ¿Una cosa como ésta te parece a ti que se debe descubrir a nadie?

GETA.- A mí, cierto que no me lo parece, porque, cuanto a lo primero, por la obra se ve que él ya no nos tiene buena voluntad. Pues si ahora descubrimos esto, yo sé bien que él negará. Tu honra y la vida de tu hija andará en lenguas. Además de esto, aunque él lo confiase, pues está aficionado a otra, no es cosa que conviene darle ésta por mujer, y, por tanto, en todas maneras es menester que se calle.

SOSTRATA.- ¡Ah!, ¡nunca!, ¡no haré tal!

GETA.- ¿Qué intentas, pues?

SOSTRATA.- Divulgarlo.

GETA.- ¡Oh, señora mía, mira muy bien lo que haces!

SOSTRATA.- Ya no puede ser más negro el cuervo que las alas. Cuanto a lo primero, ella no tiene dote. Además de esto, lo que había de ser su segunda dote, ya lo ha perdido: ya no puede cavarse por doncella. Éste es el postrer remedio que nos queda,

que si negare, aquí tengo conmigo por testigo la sortija que nos dejó. Finalmente, pues mi conciencia está segura de que en esto no tengo culpa ninguna, y que no hubo de por medio dinero ni otra dádiva que a mí ni a ella nos sea afrentosa, Geta, helo de probar.

GETA.- Corriente. Hágase lo que tú dices, puesto que ello sea lo mejor

SOSTRATA.- Tú, con toda la diligencia posible, ve, y a Hegión, el tío de mi hija, dale cuenta de todo lo que pasa, porque éste fue muy grande amigo de nuestro Simulo, y siempre nos ha querido mucho.

GETA.- Y en verdad que no hay otro que mire por nosotros.

SOSTRATA.- Ve tú, Cantara mía, ve corriendo a llamar a la partera, para que, cuando sea necesaria, no nos haga esperar.

### Escena III

DEMEA; después, SIRO.

DEMEA.- ¡Perdido soy; que he entendido que mi hijo Tesifón se ha hallado con Esquino en el rapto de la moza! ¡Cuitado de mí! ¡No me faltaría ya más desventura sino que a éste que tiene algunas virtudes, pudiese el otro inducírmele a maldades! ¿Dónde le iría yo a buscar? Yo creo que me le habrá llevarlo a casa de alguna mala mujer. No hay duda que le habrá persuadido aquel pícaro. Pero allá veo ir a Siro. Éste me dirá dónde está. Pero éste es del rebaño; si comprende que ando en busca de mi hijo, no me lo dirá el verdugo. No le daré a entender que quiero esto.

SIRO.- (Sin ver a DEMEA.) Todo el caso de habernos contado ahora al viejo (Alude a MICIÓN.) , cómo había pasado. No vi en mi vida cosa más regocijada.

DEMEA.- (Aparte.) ¡Oh, Júpiter, qué necedad de hombre!

SIRO.- Alabó a su hijo, y a mí, porque le había aconsejado, me dio las gracias.

DEMEA.- (Aparte.) Reviento de enojo.

SIRO.- Luego nos dio el dinero necesario y además media mina para gastar. Y a fe que ya la he empleado a mi gusto.

SIRO.- (A los espectadores.) Vedle. A tal como éste debéis encomendarle lo que quisieréis que se negocie bien.

SIRO.- ¡Oh, Demea, no te había visto! ¿Qué se hace?

DEMEA.- ¿Qué se hace, me preguntas? No sé qué me diga de vuestra manera de vivir.

SIRO.- Realmente que es tonta, lo digo de veras, y ajena de razón. (Vuelto de espaldas a DEMEA y dirigiéndose a los criados de la casa.) Dromón, limpia bien todos los demás pescados, y a ese congrio mayor déjale nadar un poco en el agua. Cuando yo vuelva se abrirá, antes no.

DEMEA.- Unas maldades como éstas se han de hacer!

SIRO.- A mí, realmente, no me gustan, y mil veces grita contra ellas. -¡Hola, Estefanión! Haz que se remojen bien esos peces salados.

DEMEA.- ¡Válgame la fe de los dioses! ¿Y tiénelo por ventura, por deporte, o piensa que le será, gran honra echar a perder a su hijo? ¡Oh, triste de mí! Ya me parece que estoy viendo el día en que, de pura necesidad, se ha de ir a alguna parte a servir al rey.

SIRO.- ¡Oh, Demea! Eso es, a la fe, ser los hombres cuerdos; no solamente echar de ver lo que está delante de los pies, sino también las cosas por venir.

DEMEA.- ¡Y qué!, ¿está ya en vuestra casa esa tañedora?

SIRO.- Allá está.

DEMEA.- Dime, ¿y hala de tener en casa?

SIRO.- Creo que sí, según es su locura.

DEMEA.- ¿Y eso hará?

SIRO.- ¡Qué tonta mansedumbre de padre, y qué benignidad tan mala!

DEMEA.- Cierto que me da vergüenza y pena de mi hermano.

SIRO.- Nunca diferencia hay, Demea, de ti a él (y no lo digo porque estás delante); pero muy mucha. Tú de pies a cabeza no eres nada sino la misma sabiduría; él un zote. ¿Dejarías tú al tuyo (Alude a TESIFÓN.) hacer cosas como éstas?

DEMEA.- ¡Si le dejaría...! ¿Seis meses antes que él intentase alguna picardía, no lo olería yo?

SIRIO.- ¿A mí me cuentas tú lo que es tu diligencia?

DEMEA.- Yo suplico a los dioses me le conserven cual él ahora es.

SIRO.- Según que cada uno quiere que sea su hijo, así lo es.

DEMEA.- ¿Y qué...?, ¿hasle visto hoy?

SIRO.- ¿A tu hijo? (Aparte.) Echarele a éste a la granja. (Alto.) Rato ha, creo yo, que él debe entender en algo en la granja.

DEMEA.- ¿Sabes de cierto que está allá?

SIRO.- ¡Oh, como que yo mismo le acompañé!

DEMEA.- Muy bien. Recelo tuve no se me arrimase por aquí.

SIRO.- Y aun muy airado.

DEMEA.- ¿Por qué?

SIRO.- Húbolas malamente con su hermano en la plaza por esta tañedora.

DEMEA.- ¿Díceslo de veras?

SIRO.- ¡Oh!, no se mordió la lengua. Porque casualmente estando contando el dinero, he aquí donde viene tu hombre de improviso, y comienza a gritar: «¡Oh, Esquino! ¿Y tú has de cometer unas infamias como éstas? ¿Tú has de hacer cosas tan ajenas de nuestro linaje?».

DEMEA.- ¡Ah, de puro placer lloro!

SIRO.- «No destruyes tú este dinero, sino tu propia vida».

DEMEA.- Los dioses me le guarden. Yo confío que se ha de parecer a sus mayores.

SIRO.- (En tono ponderativo.) ¡Oh!...

DEMEA.- ¡Siro, de tales consejos está él embutido!

SIRO.- ¡Bah! ¡Tal maestro se tiene él en casa de quien aprender!

DEMEA.- Yo lo procuro sin descanso. No le paso cosa ninguna, amonéstole, y, finalmente, yo le mando que se mire en las vidas de todos como en un espejo, y que de ellos tome ejemplo para sí. «Harás esto, le digo».

SIRO.- Muy bien.

DEMEA.- «Te guardarás de aquello».

SIRO.- Astutamente:

DEMEA.- «Eso se tiene por honra».

SIRO.- Ésa es la cosa.

DEMEA.- «Estotro por afrenta».

SIRO.- Bien, bien.

DEMEA.- Además...

SIRO.- De veras que no tengo ahora lugar para escucharte. Porque he comprado unos peces a pedir de boca y he de mirar no se me pudran. Porque esto, Demea, tan gran falta es en nosotros, como en vosotros el no hacer lo que ahora decías. Y en cuanto puedo, de la misma manera les doy lecciones a los mozos de cocina: «Esto está salado; estotro, quemado; lo otro, final lavado; aquello bien; acuérdate para otra vez». Enséñoles lo que puedo conforme a mi poquillo saber. Finalmente, Demea, yo les mando que se miren en los platos, como en un espejo, y les advierto lo que se ha de hacer. Bien entiendo yo que es necesidad todo esto que aquí hacemos; pero, ¡qué remedio!... Según que cada uno es,

así le habemos de llevar la condición. ¿Mandas otra cosa?

DEMEA.- Que los dioses os den mejor seso.

SIRO.- ¿Tú te vas desde aquí a la granja?

DEMEA.- Derecho.

SIRO.- Porque... tampoco... ¿qué has de hacer tú aquí donde, si das un buen consejo, nadie te obedece?

DEMEA.- Cierto que de aquí me voy, pues aquel por quien yo había venido acá, fuese al campo. Con sólo aquél tengo cuenta: aquél me toca a mí. Pues mi hermano así lo quiere, de este otro él cuidará. ¿Pero quién es aquél que veo allá lejos? ¿Es, por dicha, Hegión, el de nuestra tribu? Si la vista no me engaña, realmente que es él. ¡Oh, qué hombre tan mi amigo desde que éramos niños! ¡Soberanos dioses, y cuán gran falta tenemos ya de ciudadanos tales como éste! Hombre de antigua virtud y crédito. Cierto que éste poco final procure a la ciudad. ¡Cómo me huelgo de ver que aún hay reliquias de aquella buena raza! ¡Oh! Aún da gusto vivir. Aguardarele, por saludarle y hablarle.

#### Escena IV

HEGIÓN, GETA, DEMA, PÁNFILO.

HEGIÓN.- (Sin ver a DEMA, hasta que lo indica el diálogo.) ¡Oh, soberanos dioses! ¡Qué infamia, Geta! ¿Qué me dices?

GETA.- Pasa como te he dicho.

HEGIÓN.- ¿De una casa tan principal haber nacido un hecho tan villano? ¡Oh, Esquino, cierto que en esto no te pareces a tu padre!

DEMEA.- (Aparte.) Debe haber oído algo de lo de la tañedora, y con ser extraño le duele, y a este otro, (Alude a MICIÓN.) con ser su padre, no le da ninguna pena. ¡Oh, triste de mí! ¡Y no estuviera él aquí cerca para que oyera esto!

HEGIÓN.- (A GETA.) Si no hacen lo que es de razón, no se saldrán así con ello.

GETA.- Toda nuestra esperanza, Hegión, cuelga de ti, no tenemos otro amparo. Tú eres nuestro valedor, tú nuestro padre. Aquél nuestro viejo a ti nos dejó encomendarlos al tiempo de morir. Si tú nos abandonas, perdidos somos.

HEGIÓN.- No digas tal, que ni lo haré, ni entiendo que podría hacerlo píamente.

DEMEA.- (Aparte.) Hablarle quiero. -Guárdente los dioses, Hegión.

HEGIÓN.- ¡Oh, en tu misma busca venía! Seas bien hallado, Demea.

DEMEA.- ¿Sobre qué...?

HEGIÓN.- Tu hijo mayor, Esquino, el que a tu hermano diste por adoptivo, ha hecho una cosa que no es, en verdad, de hombre de bien ni de hidalgo.

DEMEA.- ¿Qué es ello?

HEGIÓN.- ¿Acuérdaste de Símulo, aquel amigo nuestro, de nuestra misma edad?

DEMEA.- ¿Cómo no?

HEGIÓN.- Esquino ha desflorado a una hija de éste.

DEMEA.- ¡Oh!

HEGIÓN.- Espera, Demea, que aún no has oído lo peor del caso.

DEMEA.- ¿Y aún hay algo peor?

HEGIÓN.- Sí, peor; porque esto, en cierto modo, se pudiera sufrir; indújole la noche, el amor, el vino, los pocos años... ¡cosas de hombres! Mas cuando vio lo que había hecho, él, de su propia voluntad, vino a la madre de la doncella llorando, rogando, suplicando, y dando su palabra y jurando que se casaría con ella. Perdonósele, callose, diósele crédito. La doncella de aquella fuerza quedó en cinta; ya ha entrado en los diez

meses, y el muy hombre de bien (los dioses me perdonen), hásenos habido una tañedora, para pasar la vida con ella y dejar a esta otra burlada.

DEMEA.- ¿Y eso que me dices es cierto?

HEGIÓN.- Ahí está la madre de la doncella, y la doncella misma, y el caso mismo y, en fin, este Geta, que, para conforme el ser de los esclavos, es buen siervo y diligente. Él las mantiene, él solo sustenta toda la casa. Cógele y aprisionale y haz información del caso.

GETA.- Y ábreme en canal, Demea, si ello no fue así. Finalmente, él no lo negará; hazle venir a mi presencia.

DEMEA.- (Aparte.) Corrido estoy. Ni sé qué me haga, ni qué respuesta le dé a éste. (Indicando a HEGIÓN.)

PÁNFILO.- (Dentro.) ¡Desdichada de mí! ¡Que me parten por medio estos dolores! ¡Juno Lucina, dame favor! ¡Sálvame, yo te lo ruego!

HEGIÓN.- ¡Oh!... Dime, ¿está ya aquella de parto?

GETA.- Sí, en verdad, Hegión.

HEGIÓN.- Mira, Demea. Aquella ahora implora vuestra fidelidad; aquello a que la ley os obliga, otorgádselo de voluntad. Yo, pues, primeramente suplico a los dioses que esto se haga como a vosotros cumple. Pero si otra intención tenéis, yo, Demea, no puedo dejar de defender con todas mis fuerzas esta moza y la honra de aquel muerto. Él era mi deudo. Desde niños nos criamos juntos; en la guerra y en la paz siempre estuvimos juntos; juntamente padecimos gran pobreza. Por tanto, yo he de estribar, hacer y probar y, en fin, antes dejar la vida, que desampararlas. ¿Qué me respondes?

DEMEA.- Hegión, yo me veré con mi hermano. El parecer que él en esto me diere, aquél seguiré.

HEGIÓN.- Pues mira, Demea, que lo consideres de esta manera, que cuanto más fácilmente vosotros hacéis las cosas, y cuanto más poderosos, ricos, prósperos, ilustres sois, tanto más obligación tenéis de hacer de voluntad lo de razón, si queréis ser tenidos por buenos.

DEMEA.- Vuélvete; que se hará todo lo que fuere de razón.

HEGIÓN.- Esa obligación te queda. Geta, guíame allá dentro a casa de Sostrata. (Vanse HEGIÓN y GETA.)

DEMEA.- (Solo.) ¡No pasan estas cosas sin haberlas anunciado yo! ¡Plega a los dioses que en esto pare! Pero aquella manera de vivir tan a rienda suelta ha de venir, a dar realmente en algún grave mal. Voy a buscar a mi hermano, para descargar sobre él esta cólera.

Escena V

HEGIÓN.

HEGIÓN.- (A la puerta de la casa de SOSTRATA.) Procura, Sostrata, tener buen corazón y dar ánimo a esa moza cuanto puedas. Yo me veré con Mición, si acaso está en la plaza, y le contaré por extenso el negocio como pasa, para que si determina hacer en esto lo que debe, lo haga; y si otro parecer tiene, me lo diga, con que yo sepa luego lo que en ello he de hacer.

Acto IV

Escena I

TESIFÓN, SIRO.

TESIFÓN.- ¿Dices tú que mi padre ha ido al campo?

SIRO.- Rato ha.

TESIFÓN.- ¿De veras?

SIRO.- Dígote que está en la granja. Yo entiendo que él ahora debe de estar muy ocupado en alguna labor.

TESIFÓN.- ¡Ojalá! ¡Sí! Porque como ello fuese sin peligro de su vida, yo querría que de tal modo se cansase, que en estos tres días no pudiera en ninguna manera levantarse de la cama.

SIRO.- ¡Así sea, y aun mejor que eso, si cabe!

TESIFÓN.- Siquiera porque realmente deseo en extremo pasar todo este día en alegría, como ya he comenzado. Y aquella granja, no por otra razón la aborrezco tanto, como porque está tan cerca. Porque si estuviera lejos, antes le tomara allá la noche, que pudiese volver acá otra vez. Pero ahora, en cuanto no me vea allí, yo sé bien que él acudirá acá al punto. Me preguntará que dónde he estado, que no le he visto hoy en todo el día. ¿Qué le diré?

SIRO.- ¿No se te ocurre nada?

TESIFÓN.- Nada, nada.

SIRO.- Tanto peor. ¿Algún cliente, amigo o huésped no tenéis?

TESIFÓN.- Sí; ¿y qué...?

SIRO.- Di que has tenido que despachar algunos negocios por ellos.

TESIFÓN.- ¿No habiéndolo hecho? No es posible.

SIRO.- Lo es.

TESIFÓN.- Eso será excusa para el día; pero si me quedo aquí esta noche, Siro, ¿cuál le daré?

SIRO.- ¡Oh, cómo quisiera que estuviese en uso también el negociar de noche por los amigos! Tú sosiega tu corazón, que yo le entiendo muy bien el genio; cuando más quemado está, te le torno tan manso como una oveja.

TESIFÓN.- ¿De qué manera?

SIRO.- Gusta mucho de oír decir de ti alabanzas; yo te hago delante de él un dios; cuéntole las virtudes...

TESIFÓN.- ¿Mías?

SIRO.- Tuyas. Y en el mismo punto al hombre se le saltan de placer las lágrimas, como a una criatura. (En voz baja.) Pero, ¡hola! ¡Cata...!

TESIFÓN.- ¿Qué es ello?

SIRO.- El lobo en la conseja.

TESIFÓN.- ¿Mi padre es?

SIRO.- El mismo.

TESIFÓN.- ¿Qué hacemos, Siro?

SIRO.- Retírate tú ahora allá dentro; que yo lo remediare.

TESIFÓN.- Si te preguntare por mí, di que no me has visto; ¿hasme oído? (Entra en casa de MICIÓN.)

SIRO.- ¿Quieres dejarme hacer a mí?

Escena II

DEMEA, TESIFÓN, SIRO.

DEMEA.- (Sin ver a TESIFÓN ni a SIRO.) ¡Realmente que soy hombre desdichado! Cuanto a lo primero, no hallo a mi hermano en parte ninguna; además de esto, yendo a buscarle, veo un peón que venía de mi granja, el cual me dice que no estaba allí mi hijo. No sé qué me haga.

TESIFÓN.- (Oculto en casa de MICIÓN.) ¡Siro!

SIRO.- ¿Qué dices?

TESIFÓN.- ¿A mí me busca?

SIRO.- Sí.

TESIFÓN.- ¡Perdido soy!

SIRO.- Ten buen corazón.

DEMEA.- (Sin verlos.) ¡Qué desgracia mía es ésta! ¿Pesar de la fortuna? No lo puedo entender, sino que creo que nací aposta para esto: para padecer trabajos. Yo soy el primero que siento nuestros males; yo el primero que lo sé todo; yo el primero que traigo las malas nuevas; yo solo soy el que, si algún mal sucede, lo padezco.

SIRO.- (Aparte.) Risa me da el viejo. Él dice que es el primero que lo sabe, y él solo es el que todo lo ignora.

DEMEA.- Ahora vengo a ver si acaso ha vuelto mi hermano.

TESIFÓN.- (Bajo.) Siro, por tu vida, que mires no se nos entre acá de rondón.

SIRO.- ¿No callarás? Yo le detendré.

TESIFÓN.- A fe que no lo confíe yo hoy de ti, sino que yo me encierre con ella. (Alusión a CALIDIA.) en algún aposento luego: esto es lo más seguro.

SIRO.- En buen hora; pero con todo yo le apartaré de aquí.

DEMEA.- Pero he allá el bellaco de Siro.

SIRO.- (Gritando, y como si no hubiera visto a DEMEA.) Realmente que no habrá quien pueda durar en esta casa, si esto se ha de sufrir. Yo quiero saber cuántos amos tengo. ¿Qué desventura es ésta?

DEMEA.- (Aparte.) ¿De qué se queja aquél?, ¿qué quiere? (Alto a SIRO.) ¿Qué dices, buen hombre?, ¿está mi hermano en casa?

SIRO.- ¡Mala peste...! ¿Por qué me llamas buen hombre? ¿No ves como soy perdido?

DEMEA.- ¿Qué tienes?

SIRO.- ¿Eso me preguntas? Tesifón, a mí y a esa tañedora, a puñadas nos ha casi dejado por muertos.

DEMEA.- ¿Eh? ¿Qué me cuentas?

SIRO.- Mira cómo me ha rasgado la boca.

DEMEA.- ¿Por qué?

SIRO.- Dice que por mi persuasión se ha comprado esta moza.

DEMEA.- ¿No me dijiste tú antes que le habías acompañado desde aquí hasta la granja?

SIRO.- Y es verdad, pero después volvió hecho una fiera: no perdonó cosa. ¿No tuvo empacho de poner las manos en un viejo como yo, habiéndole yo traído no ha muchos años en mis brazos, siendo él pequeñito?

DEMEA.- ¡Bien, Tesifón; a tu padre sales! ¡Adelante; veo que eres un hombre!

SIRO.- ¿Qué te parece bien...? Pues a fe que si él es cuerdo, he aquí adelante se tenga sus manos comedidas.

DEMEA.- (Ponderando a TESIFÓN.) ¡Eso es valor!

SIRO.- (Con ironía.) ¡Mucho! ¡Porque venció a una triste mujer y a mí, pobre esclavo que no me le osaba volver! ¡Mucho valor, sí!

DEMEA.- No lo pudo hacer mejor; de mi mismo parecer fue; que tú eres el autor de todo esto. Pero, ¿está mi hermano en casa?

SIRO.- No.

DEMEA.- Pensando estoy dónde le iría yo a buscar.

SIRO.- Yo sé dónde; pero no te lo diré hoy en todo el día.

DEMEA.- (Indignado.) ¿Eh? ¿Qué dices?

SIRO.- Lo que oyes.

DEMEA.- Menudillo he de hacerte la cabeza.

SIRO.- Pero es que no sé el nombre de aquel hombre..., aunque sé el lugar donde está.

DEMEA.- Di, pues, el lugar.

SIRO.- ¿Sabes esta lonja..., aquí junto a la carnicería..., a la parte de abajo?

DEMEA.- ¿Pues no he de saber?

SIRO.- Pasa por allí la plaza arriba derecho; cuando llegares al cabo, hay una cuesta, que tira hacia abajo; derríbate por ella; después hay a esta mano un oratorio, y junto de él un callejón estrecho.

DEMEA.- ¿Hacia qué parte?

SIRO.- Allí donde hay también una gran higuera silvestre.

DEMEA.- ¡Ya...!

SIRO.- Pues camina por allí.

DEMEA.- Pero ese callejón no tiene salida.

SIRO.- Realmente que dices la verdad. ¡Bah!, ¿piensas que estaba en mi juicio?

Equivoqueme. Torna otra vez a la lonja: por aquí, en verdad, irás mucho más pronto y hay menos donde errar. ¿Sabes la casa de Cratino, éste que es tan rico?

DEMEA.- Sí.

SIRO.- -Pues en pasándola, toma, a la mano izquierda la plaza adelante por aquí.

Cuando llegares al templo de Diana, tira a la derecha, y antes de llegar a la puerta de la ciudad, junto al mismo abrevadero, hay un molino y enfrente una carpintería: allí está.

DEMEA.- ¿Y qué hace allí?

SIRO.- Ha dado a hacer unos lechos de campo con los pies de roble.

DEMEA.- Sí, para vuestras comilonas. Bien, por cierto. Pero, ¿qué hago, que no voy a buscarle? (Vase.)

SIRO.- ¡Anda, anda; que yo haré que te canses hoy como tú lo mereces, viejo caduco! Esquino se detiene mucho, la comida se pierde, y Tesifón está enredado en sus amores. Pues yo también miraré por mí, porque me iré ya a la cocina, y echaré mano de lo mejor, y sorbiendo a traguillos, pasaré este día poquito a poquito.

### Escena III

#### MICIÓN, HEGIÓN.

MICIÓN.- Yo, Hegión, no hallo razón ninguna en este caso por qué hayas de alabarme tanto. Yo hago lo que debo, enmiendo el yerro que los míos han cometido. Si acaso no me tienes por alguno de aquellos a quienes les parece que se les hace muy grande agracio con pedirles cuenta del que ellos voluntariamente han hecho, y se quejan muy de veras de ello. ¿Y porque yo no he hecho lo mismo me das las gracias?

HEGIÓN.- ¡Oh, no, en verdad! Nunca en mi pensamiento te tuve en otra reputación de lo que eres. Pero yo te suplico, Mición, que te vengas conmigo a casa de la madre de la doncella, y le digas lo mismo que a mí me has dicho a la mujer: cómo esta sospecha contra Esquino es por causa de su hermano, y que esa tañedora no es suya.

MICIÓN.- Si eso te parece justo, o si así cumple que se haga, vamos.

HEGIÓN.- Bien haces, porque le aliviarás la pena a la cuitada, que está deshaciéndose de dolor y desventura, y tú te portarás como quien eres. Aunque si otra cosa te parece,

yo mismo le contaré a la mujer lo que ti me has dicho.

MICIÓN.- No, sino que yo mismo iré.

HEGIÓN.- Muy bien haces. Porque todos los que son de corta fortuna, yo no sé por qué son más suspicaces. Todo lo toman por afrenta, y como pueden poco, piensan que todo el mundo los desprecia. Y por esto, mejor será que tú mismo cara a cara les des esa satisfacción.

MICIÓN.- Dices muy bien y muy gran verdad.

HEGIÓN.- Sígueme, pues, allá (Indicando la casa de SOSTRATA.) por aquí.

MICIÓN.- Con mucho gusto.

#### Escena IV

ESQUINO, solo.

ESQUINO.- Atormentado traigo el corazón. ¡Y que sea posible que así de súbito me haya sucedido tanto mal, que ni sepa qué haré de mí, ni qué dispondré! Todos mis miembros me están temblando de miedo; el alma se me ha pasmado de temor; en mi cabeza ningún consejo puede hacer asiento. ¡Oh!, ¿cómo me desligaría yo de un enredo tan grande? No lo sé. ¡Ahora se ha tenido de mí tanta sospecha! ¡Y no realmente sin ocasión! Sostrata piensa que yo he comprado para mí esta tañedora: esto me lo ha dicho la vieja. Porque casualmente yendo ella desde aquí a llamar a la partera, yo la vi y al punto allégomele, y pregúntole qué hacía Pánfila; si se le había presentado ya el parto; si iba por eso a llamar a la partera. Ella comienza a decirme a grandes voces: «¡Quita, quítatenos ya de aquí, Esquino! Harto tiempo nos has traído vendidas y engañadas. Basta ya la burla que tus buenas promesas nos han hecho». Yo, entonces, dígole: «¡Cómo es eso! ¿Qué dices, por tu vida? -Ve en buen hora; tente aquella que tanto te agrada». Luego entendí la sospecha que tenían; pero detúveme, por no decirle a aquella habladora nada de mi hermano por donde se viniese a descubrir. Y ahora, ¿qué haré? ¿Les diré que esta tañedora es amiga de mi hermano? Esto en ninguna manera conviene, que en parte ninguna se diga. Pero de esto no hago cuenta. Posible es que no se descubra. La misma verdad del caso temo que no la creerán. ¡Tantas razones hay para lo contrario! Yo mismo fui el que la quité, yo el que pagué el dinero, a mi misma casa vino. Todo esto bien confieso yo que ha sido por mi culpa, y por no haberle descubierto yo a mi padre la manera como había este negocio sucedido; que él me hubiera dado licencia para casarme con Pánfila. Mucho me he dormido hasta ahora. ¡Ea, Esquino, despiértate! Porque éste es el primer encuentro, quiero ir a hablarles y darles mi disculpa. Llegareme a su puerta. ¡Oh, pobre de mí! Las carnes me tiemblan siempre que llamo aquí: ¡Hola!, ¡hola! Esquino soy. Ábrame alguien esta puerta de presto. No sé quién sale. Apartereme hacia acá.

#### Escena V

MICIÓN, ESQUINO.

MICIÓN.- (Saliendo de casa de SOSTRATA.) Hacedlo de la manera que os he dicho Sostrata; yo me veré con Esquino, para que sepa cómo se ha tratado este negocio. -Pero, ¿quién es el que ha llamado a esta puerta?

ESQUINO.- (Aparte.) Mi padre es realmente. ¡Perdido soy!

MICIÓN.- Esquino.

ESQUINO.- (Aparte.) ¿Qué negocio tiene éste en esta casa?

MICIÓN.- ¿Has llamado tú a esta puerta? (Aparte.) Calla. Bien será burlarme de él un poco, pues jamás ha querido fiar de mí estos amores. (Alto.) ¿No me respondes nada?

ESQUINO.- Yo no he llamado a esa puerta, que yo sepa.

MICIÓN.- (Con ironía.) ¿No...? Ya me maravillaba yo que tú tuvieses que hacer aquí. (Aparte.) Colorado se ha puesto; buena señal es.

ESQUINO.- Y tú, padre, por tu vida, ¿qué tienes que hacer aquí, dime?

MICIÓN.- Yo nada en verdad. Un amigo me ha traído acá ahora desde la plaza, para que le fuese valedor.

ESQUINO.- ¿En qué?

ESQUINO.- Yo te lo diré. Moran aquí unas mujeres pobres... Creo no debes tener noticia de ellas, y aun lo sé de cierto, porque ha poco que se han pasado a vivir a este barrio.

ESQUINO.- ¿Qué más?

MICIÓN.- Son una doncella y su madre.

ESQUINO.- Sigue.

MICIÓN.- Esta doncella es huérfana de padre. Este amigo mío es el pariente más cercano que ella tiene; las leyes le obligan a que se case con ella.

ESQUINO.- (Aparte.) ¡Perdido soy!

MICIÓN.- ¿Qué es eso?

ESQUINO.- No..., nada... Bien está; pasa adelante.

MICIÓN.- Él ha venido a llevársela consigo, porque mora en Mileto.

ESQUINO.- ¡Cómo! ¿A llevarse consigo la doncella?

MICIÓN.- Sí.

ESQUINO.- ¿Hasta Mileto, por tu vida?

MICIÓN.- Sí.

ESQUINO.- (Aparte.) A mí me va a dar algo. (Alto.) Y ellas ¿qué dicen?

MICIÓN.- ¿Qué piensas que han de decir? Haz cuenta que nada. La madre ha fingido que la doncella ha tenido un muchacho, no sé de quién, porque ella no le nombra, y que el padre del chico es primero, y que no conviene casarla con éste de Mileto.

ESQUINO.- ¡Y pues! Después de todo, ¿no te parece que ello es muy justo?

MICIÓN.- No.

ESQUINO.- ¿Que no, por tu vida? ¿Acaso se la llevará de aquí, padre?

MICIÓN.- ¿Pues por qué no la ha de llevar?

ESQUINO.- Creo, padre, que lo habéis hecho dura y cruelmente, y aun si se ha de decir la verdad, villanamente.

MICIÓN.- ¿Por qué?

ESQUINO.- ¿Por qué, me preguntas? ¿Qué corazón le quedará a aquel infeliz que primero ha tenido trato y amistad con ella (¡y qué sé yo si el desdichado aún la quiere locamente!) cuando vea que de su presencia se la quitan y se la llevan de delante de sus ojos? ¡Muy mal hecho, padre!

MICIÓN.- ¿Cómo es eso?, ¿quién se la prometió?, ¿quién se la dio?, ¿cuándo casó con él?, ¿quién fue el que lo trató?, ¿por qué tomó él mujer que no era suya?

ESQUINO.- ¿Pues era razón que una moza de sus años se estuviese queda en su casa, aguardando que un pariente viniese desde Mileto acá por ella? Esto era justo, padre mío, que tú dijeras, y que defendieras.

MICIÓN.- ¡Qué gracia...! ¿Contra el que me había traído por su valedor había yo de argüir? Pero, ¿qué nos va en eso a nosotros, Esquino?, ¿o qué tenemos que ver con ellos? Vámonos. ¿Qué es esto?, ¿por qué lloras?

ESQUINO.- ¡Padre, por mi amor que me oigas!

MICIÓN.- Esquino, todo lo he entendido ya, y lo sé porque te amo, y por esto cuido más de todo cuanto haces.

ESQUINO.- ¡Así plega a los dioses que tú, por merecerlo yo, me ames, padre mío, mientras vivas, como a mí me pesa en el alma de haber cometido este yerro y como me avergüenzo!

MICIÓN.- En verdad que lo creo, porque conozco tu ahidalgada condición; pero recelo que eres harto descuidado en ordenar tu vida. Porque, ¿en qué ciudad haces cuenta tú que vives? Desfloraste una doncella, la cual no fuera razón que la tocaras. Quanto a lo primero, el delito fue grave, muy grave, pero, en fin, es de hombres. Otros tan buenos como tú lo han hecho muchas veces. Pero después de sucedido el caso, dime, ¿has, por ventura, echado de ver, o has mirado por ti qué es lo que habías de hacer, o por qué vía se había de hacer? Si tenías empacho de decírmelo tú mismo, ¿cómo lo iba a saber yo? Mientras has estado perplejo en esto, se te han pasado diez meses, te has comprometido a ti mismo, y a esa cuitada, y a tu hijo cuanto ha sido de tu parte. ¡Qué! ¿Pensabas que mientras tú dormías te habían de arreglar los dioses tus negocios, y que sin procurarlo tú se te había ella de venir a tu aposento? No quisiera que mostrases tal indiferencia en lo demás. Anímate; que te casarás con ella.

ESQUINO.- (Muy alegre.) ¡Cómo!

MICIÓN.- Digo que tengas buen ánimo.

ESQUINO.- No, padre, dime, por tu vida, ¿búrlaste de mí ahora?

MICIÓN.- ¿Yo... de ti? ¿Por qué?

ESQUINO.- No lo sé; sino que como deseo tanto que eso sea verdad, por eso temo más...

MICIÓN.- Vete a casa y haz oración a los dioses, para que, mandes traer a tu mujer. ¡Camina!

ESQUINO.- ¿Cómo? ¿Ya mujer?

MICIÓN.- Sí, ya.

ESQUINO.- ¿Ya?

MICIÓN.- Ya; ve lo más presto que puedas.

ESQUINO.- Todos los dioses me castiguen, padre mío, si yo no te quiero más ahora, que a mis ojos.

MICIÓN.- ¿Y más que a ella?

ESQUINO.- Tanto.

MICIÓN.- Muy bien.

ESQUINO.- Y el de Mileto, ¿qué se ha hecho?

MICIÓN.- Fuese, desapareció, embarcose. Pero, ¿por qué no vas...?

ESQUINO.- Mejor es, padre mío, que tú vayas y hagas oración a los dioses; porque yo tengo por cierto que cuanto tú eres mejor que yo, tanto ellos con mayor voluntad oirán tus ruegos.

MICIÓN.- Yo me voy allá dentro a hacer que se apareje todo lo que es menester; tú, si cuerdo eres, haz como te he dicho.

ESQUINO.- (Solo.) ¿Qué negocio es éste? ¿Esto es ser padre? ¿Esto es ser hijo? Si mi hermano o mi compañero fuera, ¿qué más me pudiera complacer? ¿A un padre así no le he yo de amar y traerle metido en mis entrañas? Ah, de tal manera me ha puesto, con su benignidad, en perpetua obligación de no hacer a necias cosas que no le dé gusto; que a sabiendas yo me guardaré! Pero voyme allá dentro, por no ser yo mismo estorbo de mis bodas.

## Escena VI

DEMEA, solo.

DEMEA.- Molido vengo de andar. ¿Que el gran Júpiter os destruya, Siro, a ti y a tus indicaciones! He andado rastreando por toda la ciudad, hasta la puerta, hasta el abrevadero, ¿hasta dónde no...? Y ni allí había casa de carpintero, ni hombre que dijese que había visto a mi hermano. Ahora vengo con determinación de esperarle en casa hasta que vuelva.

## Escena VII

MICIÓN, DEMEA.

MICIÓN.- (A su hijo.) Voy a decirles cómo por nosotros no hay demora.

DEMEA.- Pero hele aquí. (Alto.) Rato ha que te busco, Mición.

MICIÓN.- ¿Qué me quieres?

DEMEA.- Te traigo noticia de otras grandes maldades de aquel honrado mozo. (Alude a ESQUINO.)

MICIÓN.- ¡Ya pareció el hombre!

DEMEA.- Inauditas, criminales.

MICIÓN.- Acaba ya.

DEMEA.- ¡Ah, tú no sabes qué sujeto es!

MICIÓN.- Lo sé.

DEMEA.- ¡Ah, tonto! Tú debes de imaginar que yo hablo de la tañedora: Este delito es contra una doncella ciudadana.

MICIÓN.- Ya lo sé.

DEMEA.- (Iracundo.) ¡Oh!, ¿lo sabes y lo sufres?

MICIÓN.- ¿Por qué no lo he de sufrir?

DEMEA.- Dime, ¿no clamas...?, ¿no pierdes el juicio?

MICIÓN.- No; yo más quisiera ciertamente...

DEMEA.- Ha nacido ya un muchacho.

MICIÓN.- Los dioses le hagan dichoso.

DEMEA.- La moza no tiene nada.

MICIÓN.- Así me lo han dicho.

DEMEA.- ¿Y sin dote se ha de casar con ella?

MICIÓN.- Llana cosa.

DEMEA.- Y ahora, ¿qué haremos?

MICIÓN.- Lo que el mismo caso pide, Haremos que pase a nuestra casa la doncella.

DEMEA.- ¡Oh, Júpiter! ¿Y eso es lo que cumple...?

MICIÓN.- ¿Pues qué otra cosa quieres que yo haga?

DEMEA.- ¿Qué...? Ya que en realidad de verdad esto no te apena, a lo menos es propio de hombre aparentarlo.

MICIÓN.- Pero es que ya tengo prometida la doncella; el negocio está concertado, y se hace hoy el casamiento, y ya les he quitado todo el temor. Esto sí que es más propio de un hombre.

DEMEA.- ¿Y, pues, parécete a ti bien el caso, Mición?

MICIÓN.- No, si yo lo pudiera estorbar; pero, pues no puedo, tómolos con paciencia. La vida de los hombres es como juego de tablas: Que si en el lance no sale lo que era

menester, lo que por azar salió se ha de enmendar con la prudencia.

DEMEA.- ¡Gentil maestro de enmiendas! Con esa tu prudencia se han perdido las veinte minas que se dieron por la tañedora, la cual, en la hora se ha de despedir o vendida o de balde.

MICIÓN.- Ni la despediré, ni tengo gana de venderla.

DEMEA.- ¿Pues qué harás de ella?

MICIÓN.- En casa quedará.

DEMEA.- ¡Oh, fe de dioses! ¿La ramera y la mujer en una misma casa?

MICIÓN.- ¿Por qué no?

DEMEA.- ¿Tú entiendes que estás en tu seso?

MICIÓN.- Yo entiendo que sí.

DEMEA.- Así los dioses me amen, como creo, según veo tu poco juicio, que lo harás por tener con quien cantar.

MICIÓN.- ¿Qué hay que dudar en eso?

DEMEA.- ¿Y la recién casada ha de aprender también esa habilidad?

MICIÓN.- Es llano.

DEMEA.- ¿Y tú entre ellas, asido de la cuerda, bailarás?

MICIÓN.- Sí.

DEMEA.- ¿Sí?

MICIÓN.- Y tú también, Demea, juntamente con nosotros, si fuere menester.

DEMEA.- ¡Ay de mí! ¿No te avergüenzas de decir cosas semejantes?

MICIÓN.- ¡Ea! Deja ya estar tu cólera, Demea, y muéstrate, como es razón, alegre y voluntario en las bodas de tu hijo. Yo voy a hablar con ellos un momento; luego soy aquí. (Vase.)

DEMEA.- ¡Oh Júpiter!, ¿y ésta es vida?, ¿y éstas son costumbres?, ¿esto es seso de gente? La mujer vendrá sin dote, la tañedora dentro, la gente de casa gastadora, el mozo regalón, el viejo loco desvariado. Aunque la misma salvación quiera salvar y conservar esta casa, no podrá de ninguna manera.

## Acto V

### Escena I

SIRO, DEMA.

SIRO.- A buena fe, Sirete, que te has dado buen verde, y has hecho tu deber muy cumplidamente: ¡Jala! Pero, pues he satisfecho bien allá dentro a mi deseo, hame parecido salirme por acá fuera ahora un poco a pasear.

DEMEA.- (Aparte.) ¡Mirad, si os parece, la muestra de buen gobierno de casa!

SIRO.- (Aparte.) Pero he aquí do viene nuestro viejo. (Alto.) ¿En qué se entiende? ¿De qué estás triste?

DEMEA.- ¡Ah, bellaco!

SIRO.- ¿Ya vienes tú a derramar aquí palabras de sabiduría?

DEMEA.- ¡Si fueras siervo mío...

SIRO.- Fueras rico, Demea, y tuvieras bien segura tu hacienda.

DEMEA.- ... yo haría que fueses escarmiento para todos!

SIRO.- ¿Por qué?, ¿qué hice yo?

DEMEA.- ¿Eso me preguntas? Entre la misma revuelta, y en un delito tan grave que

apenas se ha podido reparar, ¿has comido y bebido, ladrón, como si hubiera sucedido algún gran bien?

SIRO.- (Aparte.) ¡Pardiez, que me pesa de haber salido acá!

## Escena II

DROMÓN, SIRO, DEMEA.

DROMÓN.- (Saliendo de casa de MICIÓN.) ¡Hola, Siro...!, ¡que te ruega Tesifón que vuelvas!

SIRO.- Vete de aquí.

DEMEA.- ¿Qué dice ése de Tesifón?

SIRO.- No, nada.

DEMEA.- (Indignado.) ¡Ah, verdugo! ¿Y allá dentro está Tesifón?

SIRO.- No.

DEMEA.- ¿Cómo, pues, le nombra ése?

SIRO.- Es otro Tesifón, un truhancillo, chiquitín..., ¿no le conoces?

DEMEA.- Yo sabré...

SIRO.- ¿Qué haces?, ¿a dó vas?

DEMEA.- Déjame.

SIRO.- ¡No vayas, por tu vida!

DEMEA.- ¿No apartarás la mano, azotado?, ¿o quieres que te haga pedazos la cabeza?

SIRO.- (Solo.) Fuese. ¡Un convidado, en buena fe no muy conveniente, en especial para Tesifón! ¿Qué tengo yo ahora de hacer, sino mientras estos enojos se apaciguan,irme entre tanto a un rincón, y allí dormir este vinillo? Harelo así.

## Escena III

MICIÓN, DEMEA.

MICIÓN.- (Saliendo de casa de SOSTRATA.) De nuestra parte, Sostrata, todo está ya a punto; como he dicho, podéis venir cuando quisiereis. -¿Quién ha dado tan gran golpe en mi puerta?

DEMEA.- (Desde casa de MICIÓN.) ¡Ay de mí! ¿Qué haré?, ¿qué diré?, ¿qué gritos daré o a quién me quejaré? ¡Oh, cielo! ¡Oh, tierra! ¡Oh, mares de Neptuno!

MICIÓN.- (A un espectador.) Ya ha entendido todo el caso, y de eso da gritos, no hay duda; riñas tenemos; acudir allá conviene.

DEMEA.- Hele aquí do viene la perdición de mis dos hijos.

MICIÓN.- ¡Ea!, refrena ya tu cólera y vuelve en ti.

DEMEA.- Ya la he refrenado, ya he vuelto; dejo aparte pesadumbres. Tratemos sólo del caso. ¿No fue concierto entre nosotros, y aun por ti mismo propuesto, que ni tú tuvieses cuenta con mi hijo ni yo tampoco con el tuyo? Responde.

MICIÓN.- Verdad es, no lo niego.

DEMEA.- Pues, ¿por qué ahora hace convites en tu casa?, ¿por qué le recibes?, ¿por qué me le compras amiga, Mición? ¿Qué razón hay para que yo no haya de tener el mismo derecho contra ti que tú tienes contra mí? Pues yo no cuido del tuyo, no cuides tú del mío.

MICIÓN.- No tienes razón.

DEMEA.- ¿Qué no?

MICIÓN.- Porque refrán antiguo es que entre los amigos todo ha de ser común.

DEMEA.- ¡Guapamente! ¿Ahora salimos con ésas?

MICIÓN.- Óyeme, Demea, dos palabras, si no te es molesto. Cuanto a lo primero, si el gasto que tus hijos hacen te da pena, por mi amor que lo consideres entre ti de esta manera. Tú, al principio, a tus dos hijos los criabas conforme a la posibilidad de tu hacienda, porque creías que tus bienes para entrambos bastarían, y que yo me casaría sin duda. Echa, pues, ahora aquella misma cuenta antigua: conserva, adquiere, endura, y procura tú dejarles mucha hacienda. Esa honra téntela tú para ti. De mis bienes, que les han venido sin pensar, déjalos gozarse; del patrimonio no se te perderá una blanca. Lo que de mis bienes les quedare, haz cuenta que te lo hallas. Si todo eso, Demea, quieres considerar de veras, a mí y a ti y a ellos nos librarás de pesadumbre.

DEMEA.- Lo de la hacienda pase; más las costumbres de los mozos...

MICIÓN.- Tente, ya lo entiendo, a eso iba. Muchas señales, Demea, hay en el hombre por las cuales puede juzgarse fácilmente. Cuando dos hacen una misma cosa, puedes muchas veces decir: a éste se le puede sufrir el hacer esto, y a estotro no se puede. No porque la cosa sea diferente, sino porque lo son los que la hacen. Y así, yo veo en ellos señales por donde confío que serán cuales deseamos. Yo veo que tienen discreción y juicio, y vergüenza donde conviene tenerla, y que se aman. Y es de ver realmente su condición y voluntad ahidalgada. El día que tú quisieres, los volverás al buen camino. Pero acaso temas que sean muy descuidados en conservar sus haciendas. ¡Oh, hermano Demea! Los viejos para todo lo demás somos más sabios por la edad; sola ésta falta trae consigo a los hombres la vejez; que todos somos más codiciosos del dinero, de lo que conviene. Y así el tiempo les aguzará el deseo de adquirir.

DEMEA.- ¡Plega a los dioses, Mición, que esas tus buenas razones y esa tu benignidad no dé con todo al traste!

MICIÓN.- Calla, que no sucederá. Deja ya esos temores, huélgate hoy conmigo, alegra esa cara.

DEMEA.- Pues el tiempo así lo requiere, habrelo de hacer; pero mañana, en amaneciendo, me iré de aquí con mi hijo a la alquería.

MICIÓN.- Y aun antes que amanezca; solamente hoy te muestres de buen humor.

DEMEA.- ¿Y tengo de llevar allá conmigo esa tañedora?

MICIÓN.- Procúralo, porque con ella tendrás tu hijo allí como atado a una estaca. Pero mira que me la guardes bien.

DEMEA.- Eso yo lo procuraré y haré que ancle allí llena de hollín, de humo y de polvo de harina, a poder de cocer y de moler, y tras todo eso, a un sol de mediodía le haré espigar; más tostada te la tornaré y más negra que el carbón.

MICIÓN.- Muy bien. Ahora me pareces hombre cuerdo. Y aun si yo fuese que tú, le haría a mi hijo que, aunque no quisiese, se acostase con ella.

DEMEA.- ¿Búrlaste de mí? ¡Dichoso tú, que esa alma, tienes! Yo siento...

MICIÓN.- ¡Ah!, ¿ya vuelves...?

DEMEA.- Ya, ya me callo.

MICIÓN.- Pues éntrate allá. Pasemos este día alegremente en lo que ya está determinado.

#### Escena IV

DEMEA, solo.

DEMEA.- Jamás ninguno echó tan bien la cuenta de su vida, que los negocios, los años y la experiencia no le enseñasen algo nuevo, y le avisasen de algo, de manera que lo que él se pensaba saber no lo supiese, y lo que tenía por mejor lo reprobese. Lo cual ahora a mí me ha acaecido, porque aquella vida áspera que yo hasta aquí he seguido, ahora que ya casi estoy al fin de la jornada, la condeno. ¿Y por qué? Porque la experiencia me ha enseñado que al hombre no hay cosa que le esté mejor que la benignidad y la clemencia. Que esto es verdad, por mí y por mi hermano lo puede entender quienquiera fácilmente. Él siempre ha pasado su vida sin cuidados y en convites; benigno, manso, sin ofender a nadie, complaciendo a todos, ha vivido a su gusto, gastado a su gusto; todos le elogian, todos le aman. Yo soy el villano, el cruel, el triste, el escaso, el terrible, el duro. Caseme: ¡Qué desdichas en el matrimonio! Nacióronme hijos: ¡Nuevos cuidados! Pues además de esto, procurando dejarles mucha hacienda, toda mi vida y mis años he gastado en adquirir. Y ahora, al cabo de ellos, el galardón de mis trabajos es ser aborrecido. Mi hermano, sin trabajo ninguno, goza de todas las ventajas de un padre con mis hijos: a él le aman, de mí huyen; a él le dan parte de sus consejos; a él le tienen afición; ambos están con él, a mí me desamparan. A él le desean larga vida; tal vez codician mi muerte. De manera, que los que yo he criado con gran trabajo, él se los ha hecho suyos a poca costa. Yo llevo auestas todas las fatigas, y él se goza todos los contentos. ¡Ea, pues, probemos ahora al contrario, si podré yo decir alguna palabra amorosamente o hacer algo con benignidad, pues él me obliga a ello! Que también quiero yo ser amado, y estimado de los míos. Y si esto ha de ser dándoles y complaciéndoles, no seré yo de los postreros. ¿Y si falta? ¡A mí qué...! Para mí no faltará; que ya poca vida me queda.

Escena V

SIRO, DEMEA.

SIRO.- ¡Hola, Demea... que te ruega tu hermano que no te vayas lejos!

DEMEA.- ¿Quién es...? -¡Oh, amigo Siro, estás en buen hora! ¿Qué se hace?, ¿cómo va?

SIRO.- Muy bien.

DEMEA.- Huelgo de ello. (Aparte.) Ya ahora he dicho tres palabras fuera de mi condición: Amigo, ¿qué se hace, cómo va? (Alto.) Ahidalgado siervo te muestras, y así haré por ti de buena gana.

SIRO.- En merced te lo tengo.

DEMEA.- Mira, Siro, que no es donaire esto, y antes de mucho lo verás por la obra.

Escena VI

GETA, DEMEA.

GETA.- (Saliendo de casa de SOSTRATA.) Señora, yo voy a dar aviso a éstos (Alude a MICIÓN y a ESQUINO.) para que vengan luego por la doncella. -Pero, ¡he aquí a Demea! ¡Estés en hora buena!

DEMEA.- ¡Hola!, ¿cómo te llamas?

GETA.- Geta.

DEMEA.- Geta, yo te he tenido hoy en mi pensamiento en reputación de hombre de

mucho valer; porque aquel siervo es para mí de muy buena prueba, que tiene cuenta con las cosas de su señor, según he entendido que tú lo has hecho, Geta. Y por ello, en lo que fuere menester, haré por ti de buena voluntad. (Aparte.) Busco medios para ser afable, y bien me sale.

GETA.- Hombre honrado eres en pensar así.

DEMEA.- (Aparte.) Poco a poco voy ganando las voluntades de la gente baja primeramente.

## Escena VII

ESQUINO, DEMEA, SIRO, GETA.

ESQUINO.- (Sin ver a los demás.) Realmente que me ponen a morir, pues quieren celebrar las bodas con tanto cumplimiento, que todo el día se les va en aparejar.

DEMEA.- ¿Qué se hace, Esquino?

ESQUINO.- ¡Oh, padre mío!, ¿y aquí estabas tú?

DEMEA.- Sí, por cierto; tuyo de corazón y por naturaleza, y que te quiere más que a sus propios ojos. Pero, ¿por qué no haces traer a casa a tu mujer?

ESQUINO.- Ya querría, sino que me hacen detener la que ha de tañer la flauta y los que han de cantar el himeneo.

DEMEA.- ¡Quítate allá! ¿Quieres tú creer a este viejo?

ESQUINO.- ¿En qué?

DEMEA.- Deja estar todo eso: el himeneo, los convidados, las antorchas y las músicas; haz que derriben las tapias de esa huerta cuanto antes, y pasa a tu mujer por ahí; haz de las dos casas una sola, y tráete también acá la madre y toda la familia.

ESQUINO.- Sí haré, padre gracioso.

DEMEA.- (Aparte.) ¡Ea... ya me llaman gracioso! La casa le abrirán a mi hermano, traerá mucha gente, gastará largo: mucha cosa es todo esto. Pero, ¿qué se me da a mí? Yo, ya generoso, gano las voluntades. Ahora, Mición, manda que le dé luego de contado Babilón las veinte minas. Siro, ¿por qué no vas tú y lo haces?

SIRO.- ¿Qué pues?

DEMEA.- Ve y derríbalas. (A GETA.) Y tú, tráela.

GETA.- Los dioses te lo paguen, Demea, pues que con tanta voluntad veo que quieres hacer bien a nuestra casa.

DEMEA.- Entiendo que lo merecéis. (A ESQUINO.) Y tú, ¿qué dices?

ESQUINO.- Que me parece lo mismo.

DEMEA.- Más vale así, que traerla ahora acá por la calle, parida y enferma.

ESQUINO.- No he visto mayor aviso, padre mío.

DEMEA.- Así los gasto yo. Pero aquí sale Mición.

## Escena VIII

MICIÓN, DEMEA, ESQUINO.

MICIÓN.- (A SIRO y GETA, que están dentro.) ¿Mi hermano lo manda? ¿Dónde está él? ¿Tú mandas esto, Demea?

DEMEA.- Sí. Yo mando eso y todo lo demás con que litigamos toda una esta familia,

y que la honremos, favorezcamos y juntemos.

ESQUINO.- Así te lo suplico, padre.

MICIÓN.- Lo mismo me parece a mí.

DEMEA.- Y aún es nuestro deber. Cuanto a lo primero, aquí está la madre de la mujer de Esquino...

MICIÓN.- ¿Y pues?

DEMEA.- Mujer de bien y de buenas costumbres...

MICIÓN.- Así dicen.

DEMEA.- Ya anciana...

MICIÓN.- Ya lo sé.

DEMEA.- A sus años ya no puede concebir. No tiene quién mire por ella. Está sola.

MICIÓN.- (Aparte.) ¿Qué empresa es la de éste?

DEMEA.- Es razón que tú te cases con ella. Y que tú (A ESQUINO.) procures que se haga.

MICIÓN.- ¿Yo casarme?

DEMEA.- Sí, tú.

MICIÓN.- ¿Yo?

DEMEA.- Tú, digo.

MICIÓN.- Deliras.

DEMEA.- (A ESQUINO.) Si tú eres hombre, él lo hará.

ESQUINO.- ¡Padre mío!

MICIÓN.- ¡Cómo! ¿Y a éste escuchas tú, asno?

DEMEA.- ¡Nada, nada; no hay escape!

MICIÓN.- Desvarías.

ESQUINO.- ¡Hazme esta merced, padre mío!

MICIÓN.- ¿Estás loco? Quítate de aquí.

DEMEA.- ¡Ea!, dale a tu hijo ese contento.

MICIÓN.- ¿Tú tienes bueno el seso? ¡Al cabo de sesenta y cinco años he yo de ser novio, y casarme con una vieja consumida! ¿Eso me aconsejáis?

ESQUINO.- Anda; ¡que yo se lo he prometido!

MICIÓN.- ¿Prometido? A la fe, amigo, haz tú merced de tu persona.

DEMEA.- ¿Pues qué dirías, si él te rogase alguna cosa de más importancia?

MICIÓN.- ¡Como si ésta no fuese la mayor!

DEMEA.- Accede.

ESQUINO.- No seas pesado.

DEMEA.- Acaba, prométeselo.

MICIÓN.- ¿No me dejarás?

ESQUINO.- No, hasta recabar esto de ti.

MICIÓN.- Fuerza es ésta realmente.

DEMEA.- Ea, Mición, hazlo cumplidamente.

MICIÓN.- Aunque ello me parece cosa torpe y tonta, y disparate muy ajeno a mi manera de vivir, con todo eso, pues vosotros tanto lo queréis, sea.

ESQUINO.- Bien haces. Con razón te quiero mucho.

DEMEA.- (Aparte.) ¿Qué diría yo ahora? ¡Todo lo que quiero se hace!

MICIÓN.- ¿Hay más todavía?

DEMEA.- Hegión es pariente muy cercano de éstas, deudo nuestro, pobre; justo será que le hagamos algún bien.

MICIÓN.- ¿Qué bien?

DEMEA.- Aquí tienes junto a la ciudad un campillo que arriendas a otro. Démoselo a éste, que lo goce y disfrute.

MICIÓN.- ¿Poquillo es eso?

DEMEA.- Aunque sea mucho, con todo eso se ha de hacer. Esta mujer le tiene en lugar de padre, es hombre de bien, es nuestro deudo; bien dado está. Finalmente, Mición, yo ahora hago mía aquella sentencia que tú bien y sabiamente dijiste no ha mucho: Vicio común de todos los viejos es el ser muy codiciosos de la hacienda. Esta falta debemos enmendarla. Dijiste muy gran verdad, y hase de cumplir por la obra.

MICIÓN.- ¿Qué duda hay en eso? Se le dará, pues Demea lo quiere.

ESQUINO.- ¡Padre mío!

DEMEA.- Ahora eres tú de veras mi hermano, así en el alma como en el cuerpo.

MICIÓN.- Huélgome de eso.

DEMEA.- (Aparte.) Con su propia espada le degüello.

## Escena IX

SIRO, DEMA, MICIÓN, ESQUINO.

SIRO.- Ya está hecho, Demea, lo que mandaste.

DEMEA.- Eres una alhaja. Yo soy de parecer, en verdad, que es justo que Siro hoy reciba libertad.

MICIÓN.- ¿Éste libertad?, ¿por qué merecimientos?

DEMEA.- Por muchos.

SIRO.- ¡Oh, señor Demea! En verdad que eres muy bueno. Yo os he criado estos dos hijos, desde que eran niños, con mucha diligencia, y les he enseñado, amonestado y aconsejado bien todo lo que he podido.

DEMEA.- A la vista está. Especialmente esto: Gastar, robar rameras, preparar comilonas de día. Servicios como éstos no son propios de un cualquiera.

SIRO.- ¡Oh, qué hombre tan gracioso!

DEMEA.- Finalmente, hoy, en la compra de esa tañedora, éste ha sido el valedor, éste lo ha tratado; justo es hacerle algún bien. ¿Dónde hallarás siervos mejores? En fin, Esquino gusta de que se haga.

MICIÓN.- ¿Tú gustas de que se haga esto?

ESQUINO.- Deséolo.

MICIÓN.- Pues que tú lo quieres, sea. Siro, allégate a mí: De hoy más, sé libre.

SIRO.- Gran merced me haces. A todos lo agradezco, pero a ti, Demea, en particular.

DEMEA.- Huelgo de ello.

ESQUINO.- Y yo también.

SIRO.- Lo creo; ojalá éste se me hiciese un gozo perpetuo, y que viese yo a mi mujer Frigia libre conmigo juntamente.

DEMEA.- Muy buena mujer en verdad.

SIRO.- Por cierto que a tu nieto, hijo de éste, ella le ha dado hoy la primera leche.

DEMEA.- Pues en verdad que, hablando de veras, pues ella le ha dado la primera leche, sin duda es razón que quede libre.

MICIÓN.- ¿Por solo eso?

DEMEA.- Por eso. Finalmente, yo te pagaré de mi dinero lo que ella vale.

SIRO.- Los dioses, Demea, te cumplan siempre todos tus deseos.

MICIÓN.- Bien has librado hoy, Siro.

DEMEA.- Especialmente, Mición, si tú haces lo que debes, y le aprontas algo con que viva; que él te lo volverá luego.

MICIÓN.- No le daré valía de este pelo.

ESQUINO.- (Rogando.) ¡Ea, que es hombre de bien!

SIRO.- Por mi vida que te lo volveré: Dámelo.

ESQUINO.- ¡Ea, padre!

MICIÓN.- Ya veremos.

DEMEA.- Él lo hará.

SIRO.- ¡Oh, qué hombre tan bueno!

ESQUINO.- ¡Oh, padre afabilísimo!

MICIÓN.- (A DEMA.) ¿Qué es esto?, ¿qué negocio ha hecho tan repentinamente mudanza en tus costumbres?, ¿qué prontitud es ésta, o qué largueza tan repentina?

DEMEA.- Yo te lo diré. Para mostrar cómo el tenerte éstos en posesión de hombre benigno y apacible, no procede de verdadera vida ni de lo que es justo y bueno, sino de ser lisonjero; del regalar y del dar, Mición. Y si mi vida, Esquino, os es aborrecible, porque no os complazco en todo, así en lo justo como en lo injusto, yo alzo mano de ello: derramad, comprad, haced lo que se os antoje. Pero si gustáis de que lo que vosotros, por ser mozos, no echáis de ver, y lo deseáis a ciegas y lo consideráis poco, esto yo os lo reprenda y corrija, y también en su lugar os complazca, aquí estoy, que por amor de vosotros lo haré.

ESQUINO.- En tu mano, padre, lo dejamos todo. Tú sabes mejor lo que nos cumple. Pero, ¿qué harás de mi hermano?

DEMEA.- Yo le doy licencia; que la tenga. Y haga raya en ella.

ESQUINO.- Eso está muy bien. (A los espectadores.) ¡Aplaudid!

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

